

DEMETRIO BOERSNER: LA DIMENSIÓN MÚLTIPLE DE UN HOMBRE¹

Tomás Straka

Thstraka2@gmail.com

ORCID: 0000-0001-8252-8033

El 13 de enero de 2016 ocurrió algo completamente inesperado en la Asamblea Nacional de Venezuela: las bancadas de la oposición y del chavismo se pusieron de acuerdo para aprobar una propuesta por unanimidad. En el clima de la alta polarización y crispación políticas que vive el país, aquello dejó a muchos atónitos. De hecho, después de este episodio los enfrentamientos han continuado hasta desembocar en un choque de poderes sistemático, en el que todo cuanto legisla la Asamblea, dominada por la oposición, es declarado inconstitucional por el Tribunal Supremo, controlado por el oficialismo. Sólo el exhorto del Papa Francisco a favor del diálogo, ha generado un acuerdo similar, demostrando tanto el poder de la Iglesia como la popularidad del Sumo Pontífice entre los venezolanos (incluso los de izquierda: de los diputados que votaron por el acuerdo, cincuenta y uno son del oficialista Partido Socialista Unido de Venezuela; uno del también oficialista Partido Comunista; sesenta de tres partidos opositores inscritos en la Internacional Socialista; y siete de otros tres partidos socialistas de oposición). ¿Qué pudo, entonces, generar un consenso similar a un exhorto venido de Roma? ¿Quién goza de tanto respeto como el Papa entre los parlamentarios venezolanos?

Nada menos que uno de los grandes teóricos del socialismo democrático en el país, Demetrio Boersner. Su muerte el 9 de enero, a poco más de tres meses de cumplir los ochenta y seis años, entristeció a todos por igual. Y no sólo porque la Asamblea esté mayoritariamente conformada por diputados de izquierda, entendida en un sentido muy amplio, que acaso leyeron sus trabajos, fueron formados por los cursos doctrinales que dictó o incluso militaron con él en algún partido; sino por una vida entregada con provecho y honestidad al servicio público y a la investigación académica. Las siguientes páginas esperan ser más de un homenaje a su memoria, el análisis de ese itinerario en el que se combinaron el político nunca en la primera fila de los mítines, sino en la

1 Una versión preliminar de este trabajo fue leída en el foro “Perspectivas de la socialdemocracia venezolana, desde la mirada de Demetrio Boersner”, organizado por la Friedrich Ebert Stiftung y la Fundación Rómulo Betancourt, en Caracas, el 17 de febrero de 2016. Agradecemos a su viuda, Norma Noguera de Boersner por las precisiones y los datos que aportó para este texto.

elaboración de los programas, la formación de cuadros, la asesoría— con el profesor respetado, el periodista que interpelaba con tanto sosiego como firmeza a la sociedad con el diplomático y el autor de libros clásicos.

En efecto, Demetrio Boersner muchos hombres en uno. Y lo fue tanto, digamos, transversalmente, desempeñando con éxito todos los roles nombrados, como de abajo a arriba en una existencia lo suficientemente larga y rica como para desarrollarse en distintos tiempos históricos. Hablamos en términos de *personalidad histórica*, es decir, del tipo de hombre como expresión y actor de cada momento que le tocó vivir. Si algo oí siempre de sus alumnos en la Universidad Católica Andrés Bello, donde desempeñó su último trecho como docente y compartí con él labores en las maestrías de historia, eran las vivencias que sin aspavientos ni poses destilaba en las clases. Todos sabían que las cátedras de Historia Diplomática de América Latina e Historia Contemporánea del Caribe no serían sólo el recorrido por procesos bien explicados y mejor analizados por un *scholar*, sino también el encuentro con un testigo (y en ocasiones un protagonista) especialmente enterado y consciente de todo cuanto vio. El homenaje, por lo tanto, que con motivo de su fallecimiento esperan ser estas palabras, tratará de aprehenderlo y valorarlo en esta clave. Pensemos en cuatro fotos. Cada una de un momento, con su propio telón de fondo y un Demetrio distinto según el tipo de personaje que en cada caso le tocó ser. Como si miráramos un viejo álbum familiar, en cuyas primeras páginas hay fotografías sepias, para después pasar a las que aún están en blanco y negro y así avanzar hasta la era digital, cada una de ellas nos hablará de una etapa, de un hombre y de un mundo.

UN HOMBRE DEL SIGLO XX

Pero primero veamos el panorama general. Demetrio Boersner fue hasta la médula un hombre de ese “siglo XX corto” del que habló Eric Hobsbawm, que en tantas cosas intereses, angustias, origen étnico y hasta cierto punto ideología—se pareció a él. Es una lástima que para los hombres, las cosas y los procesos de la centuria anterior, no exista aún un vocablo como el de “decimonónico”. En esencia fueron unos ochenta años, de 1917 a 1989, en el que se suscitaron cambios de tal escala, y a tal velocidad,

que no sólo resultaría prácticamente irreconocible el mundo de la Caída del Muro de Berlín para un soldado que por algún prodigio hubiera podido ir hasta ella directamente desde el campo de batalla de Verdún, sino que, al mismo tiempo, para los jóvenes que cantaban y bebían mientras derribaban a martillazos el muro, las razones, los métodos y los gestos por los que sus bisabuelos se mataron en aquella batalla eran ya casi tan lejanos y ajenos como los Azincourt, si se nos permite la exageración. Aunque hoy sabemos que en 1989 éramos demasiado optimistas y que quedaba mucho más de Verdún, de Auschwitz, de Gernica y de Nanking de lo que pensábamos, el punto es que en tan sólo una o dos generaciones no sólo la tecnología, sino sobre todo los valores—si no todos, por lo menos muchos— habían hecho casi irreconocibles a bisabuelos y bisnietos. El “siglo XX corto” fue el de la lucha por la democracia y la justicia social; el siglo en el que un tipo de socialismo pasó de la ilusión al desengaño, mientras otro encontraba un camino en la libertad; fue el período en el que la democracia pareció triunfar, de forma definitiva e incontrovertible (aunque ese triunfo fue, sobre todo, moral, ya que a veinte años ha retrocedido en muchos sitios); en el que la igualdad alcanzó niveles nunca antes vistos, y no sólo a través de los derechos sociales de salud, vivienda, educación, sino también de raza y género; en el que el arte dejó de ser lo que era; en el que el mundo se globalizó en un concierto donde si bien no todos están al mismo nivel, la mayoría tiene una voz que no tenía antes; fue el período en el que comenzamos a vernos distintos como humanos, a amar distinto, a entretenernos de otro modo. A consumir como nunca (y así, también, a contaminar como nunca). Pero el período en el que también nos matamos con una eficacia jamás vista, hasta amenazar nuestra existencia misma como especie. Aunque eso trajo el beneficio de hacer de la paz un valor, nos dejó una espada de Damocles permanentemente guiada sobre nuestras cabezas.

Oír a Don Demetrio contando las cosas de su vida o, sobre todo (porque no era mucho de hablar de sí mismo) sus preocupaciones y valores, demuestran hasta qué punto era hijo de su tiempo. Pero también demostraba otras cosas, tanto o más importantes, como el modo en que ese tiempo estaba preñado del nuestro, cómo en las rupturas hubo continuidades, cómo no debemos bajar la guardia ante determinadas amenazas. Es bajo este criterio que “tomaremos” los retratos de cada uno de los hombres que fue en su vida. Hay que advertir que, como toda aproximación es parcial y

por ello nada de lo dicho va en menoscabo de otros perfiles o posibilidades de interpretación.

EL REFUGIADO

La primera fotografía, es decir, la primera personalidad histórica en la que nos detendremos, es la del refugiado del nazismo. Un tipo de hombre que llenó el occidente democrático desde la década de 1930 hasta más o menos los años setentas, y que nos acostumbró a oír en la televisión a los científicos (“locos” y no tanto) hablando con acento alemán. Es un universo al que pertenecieron desde Freud y Hannah Arendt, hasta Peter Drucker, Einstein, Karl Popper y los genios de la Bauhaus. Fritz Lang, la música dodecafónica, el *Tractatus* de Wittgenstein y las piernas del “Ángel azul”. Pero también al que pertenecieron millares de personas con vidas más o menos comunes que solamente quisieron seguir las viviendo con algo de dignidad (o, peor: seguir las viviendo a secas, sea como sea). Boersner fue para cada uno de nosotros una vinculación directa con aquel mundo. Casi era uno de esos casos-tipo que a veces buscamos los historiadores para sostener una tesis: nacido en una familia mixta, judía-cristiana, aunque no creyente porque además era socialista, en el Hamburgo de 1930, formaba parte, o al menos estaba más cerca del mundo ya legendario para nosotros de aquellos fundadores del socialismo alemán y en muchos casos judíos, que sentaron las bases de algunas de las ideas más poderosas del siglo XX. Cada vez que oía a Don Demetrio insistir en unas raíces marxistas que el SPD –el partido socialdemócrata alemán– básicamente abandonó en Bad Godesberg y que, desde otra tradición y otros retos, Acción Democrática, su raíz política fundamental en Venezuela, más o menos había abandonado también; en señalar que el auténtico marxismo no tenía que conducir al totalitarismo, me resultaba imposible pensar en sus paisanos y correligionarios (por judíos, por marxistas y por socialdemócratas) Karl Kautsky o Eduard Bernstein. Es una lástima que haya muerto sin terminar el libro que prometió una y otra vez sobre el respaldo marxista a la democracia plural.

Pero hay más. En esta historia hay otro costado muy significativo que vale la pena mencionar, sobre todo por sus consecuencias: el papá de Don Demetrio, Moritz

Boersner, era periodista y con motivo del centenario del fallecimiento del Libertador, escribió una biografía suya para el recién fundado Instituto Iberoamericano de Hamburgo. La firmó con un seudónimo, Wolfram Dietrich, porque ya los nazis habían tomado el poder y no era recomendable estampar la portada con un nombre judío. El libro, aparecido en 1934 con el título de *Simón Bolívar und die latein-amerikanischen Unabhängigkeitskriege*, tuvo éxito (de hecho, se le sigue reeditando: la más reciente impresión de la que tenemos noticia es de 2011). Así el autor entabla amistad con el cónsul venezolano en Hamburgo, Pedro Abreu (“un gomecista completo, pero un buen hombre”, como una vez me dijo Demetrio). Juan Vicente Gómez, con su aceitada maquinaria propagandística en el exterior y el interior impulsó actos en todas partes y Alemania, entonces aún una importante socia comercial de Venezuela, no podía ser la excepción. En la biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB encontré, perdido en un estante y sin catalogar, el folleto con los actos de Hamburgo, que Don Demetrio revisó con emoción. Pues bien, cuando ya las leyes de segregación racial hacían insoportable la vida de los judíos y la falta de libertad ahogaba a los socialistas, aquel Abreu fue clave: le consiguió un trabajo en la legación venezolana que acababa de abrirse en Checoslovaquia. Allí, trabajando nada menos que con el embajador Mariano Picón-Salas, comienza la vinculación directa con el Estado venezolano. Pero es sólo una tregua. Ya la maquinaria de guerra de la Wehrmacht había echado a andar y la joven república centroeuropea fue la primera en sucumbir. Había llegado el momento de partir otra vez, pero ahora poniendo mar de por medio. Pero antes de abordar el vapor, a esta historia le queda aún un epílogo no exento de ruda ironía: buscando congraciarse con los latinoamericanos, el libro de Bolívar fue reeditado por el Estado nazi y usado para su propaganda. Naturalmente, el seudónimo del autor ayudó: ¡de ninguna manera podía saberse que se trataba de un socialista judío!

Era 1938 y no todos los países estaban dispuestos a recibir judíos. Venezuela marcó un hito aquel año, cuando reformó las leyes de inmigración y aceptó la entrada de los refugiados que venían en el *Caribia* y *Königstein*. La familia Boersner no venía en ninguno de los dos, sino en un vapor que se volvería una leyenda, el *Orazio*, que conectaba a Venezuela con Europa y que aparece en la biografía de tantos inmigrantes y exiliados. Los Boersner llegan en 1939. La luminosidad de La Guaira y el verde de la Cordillera de la Costa deslumbran literal y emocionalmente al niño de nueve años,

convirtiéndose en un recuerdo que lo acompañó hasta el final. Pero no por venir en el *Orazio* su drama se sustrae al de las otras familias judías que llegaron entonces. Como pasó con ellas, fue el inicio de una etapa nueva y definitiva. En el país hallaron una patria y un destino; incluso de una identidad asociada a lo más íntimo de su personalidad: llamado Dietrich, un funcionario de inmigración en La Guaira (al que recordaba como un “negro muy alto”: tal vez para el niño hamburgués aún todos los tonos de nuestro mestizaje eran “negros”), le cambió el nombre. Sí, en lo que era una práctica muy común en aquellos tiempos, cuando un inmigrante tenía un nombre muy complicado para los funcionarios del puerto, los rebautizaban con otro castellano. Así decidió ponerle el Demetrio con el que lo conocimos todos.

UN INTELLECTUAL EN LA GUERRA FRÍA

A partir de acá, en el álbum de la vida de Demetrio aparecen muchas fotos. No me detengo en las de la infancia y primera juventud porque es un tema del que tengo poca información. Por eso damos un salto de varios años y la segunda personalidad histórica, la segunda fotografía, nos lleva a un mundo que ya ha cambiado sustancialmente de aquel que lo hizo huir del nazismo: es la del político progresista de la Guerra Fría. Son los años de la descolonización, de las teorías de la modernización, del planeta dividido en dos mitades, de las guerras de Indochina, Malasia e Indonesia, del puente aéreo de Berlín, de la independencia de la India y Ghana, del triunfo comunista en China. Las bases del orden mundial se conmueven cuando las zonas pobres, dominadas, atrasadas del planeta empiezan a luchar por un lugar propio e igualitario en el concierto de las naciones. Con grados distintos y razones de peso, además, un *socialismo* de tipo soviético era visto por ellas el camino más rápido para lograrlo. Demetrio, criado en una familia socialista, que había visto en su adolescencia el salto al futuro que intentó ser la Revolución de Octubre² en su país, ve aquello mientras estudia periodismo en la Escuela Superior de Periodismo de París, de la que egresa en 1951—el periodismo será una de las pasiones constantes de su vida: hasta su último momento mantuvo sus

2 Así se denomina a la toma del poder por Acción Democrática y un grupo de jóvenes militares a través de un golpe de estado el 18 de octubre de 1945. Entre otras reformas, el Trienio Adecó (1945-48) que se inicia entonces, impuso el voto universal, directo y secreto para todos los venezolanos, incluyendo a las mujeres y los analfabetos.

columnas de análisis político e internacional—y ciencias políticas en la Universidad de Ginebra, donde se doctora un año después. Su tesis no podía estar más acorde con los tiempos y con sus angustias de un joven socialista venido del Tercer Mundo: *Bolsheviks and the National and Colonial Question: (1917 - 1928)*, publicada en 1957. El libro rápidamente se convirtió en un clásico de obligatoria consulta para el tema.

En 1958 regresó a Venezuela y se incorpora al cuerpo docente de la Universidad Central. En enero de ese año un movimiento popular, al final apoyado por los militares, había derrocado al dictador Marcos Pérez Jiménez y el país se abría paso con una democracia que resumía muchas de las grandes tendencias de aquel tiempo, en especial de los movimientos nacionales-revolucionarios latinoamericanos anteriores a la Guerra Fría: la búsqueda del desarrollo económico y la justicia social de la forma más autónoma posible. No obstante, doblemente acosada por una guerrilla de extrema izquierda, con apoyo financiero y militar de Cuba; y por grupos de derecha que propugnaban un golpe de Estado, el nuevo régimen no lo tuvo fácil. Demetrio milita en Acción Democrática. De raíces marxistas, pero fuertemente enraizado en la realidad venezolana y comprometido con una respuesta original para sus múltiples males, ya en la década de 1930³ buscaba un punto medio entre justicia social, libertad e independencia nacional que, en el otro lado del Atlántico, habían asumido los partidos socialdemócratas, en especial el de Alemania Occidental. Pero en la coyuntura, Demetrio se ubica a la izquierda del partido, en un sector que no es tan radical como para haberse ido con la escisión comunista del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (el MIR, entonces alzado en armas), pero que tampoco está del todo contento con lo que considera las concesiones de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni con los empresarios, la Iglesia, las clase media y, en general, el bloque occidental. Cuando en 1965 aparece su segundo libro, editado por la Universidad Central de Venezuela, *Socialismo y nacionalismo*, los debates dentro del partido ya eran muy grandes. Con dos divisiones importantes, muchos se preguntan si el sector que estaba más a la derecha no había obtenido demasiado poder. Don Demetrio me contó varias veces cómo adversó en

3 Acción Democrática es legalizada en 1941, pero ya existía de modo clandestino como Partido Democrático Nacional desde 1938. Sus fundadores (Rómulo Betancourt, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Andrés Eloy Blanco y otros) la definieron como un partido “revolucionario, democrático, nacionalista, antiimperialista y policlasista”. Esto los llevó desde el principio a enfrentarse a los grupos comunistas suscritos a la III Internacional.

aquellos años a Betancourt (“ahora sé que él básicamente tenía razón y que yo básicamente estaba equivocado”). Así, su amistad con Jesús Paz Galarraga y Adolfo González Urdaneta lo une al grupo que apoya a Luis Beltrán Prieto Figueroa y que finalmente se separa del partido para crear el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP).

TEÓRICO DE LA SOCIALDEMOCRACIA

La siguiente década nos ofrece la tercera fotografía: la del teórico de la socialdemocracia. En el MEP, Demetrio desempeña un papel importante como ideólogo y diseñador de políticas, pero también sufre muchas decepciones y sinsabores. No sólo el partido rápidamente pierde fuelle, sino que entra en dos espirales igualmente peligrosas: la de los escándalos de corrupción y la del acercamiento al comunismo (“justo cuando el comunismo comienza a desprestigiarse en todo el mundo, el MEP parecía estarse entregando a él”, me dijo en una ocasión). Al final se separa y, tras probar en otras pequeñas organizaciones de izquierda como Nueva Fuerza y Unión Democrática, renuncia por muchos años a toda militancia partidista. Había llegado el momento de reflexionar sobre el lugar del socialismo en la democracia, de decantarse ideológicamente, de hallar un camino entre lo que no le gustó de AD y lo que le estaba disgustando del MEP. Son los años setentas, acaso la época dorada de la socialdemocracia con gobiernos como los de Willy Brandt, Helmut Schmidt Bruno Kreisky, Mario Soares y Olof Palme. Una democracia social, con justicia y mucha libertad demostraba ser posible. También lo es de la Gran Venezuela. Carlos Andrés Pérez, con quien nunca dejó su amistad, es una figura internacional, y después de conducir a AD al muelle de la Internacional Socialista, es el vicepresidente de la organización. El Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), de la Fundación Friederich Ebert, tiene su sede en Caracas y desde acá se publicaba en *Nueva Sociedad*. Don Demetrio se convierte en un autor constante de la revista, en un conferencista reconocido en todo el universo socialdemócrata.

Al mismo tiempo comienza su trabajo como columnista de la revista *SIC*, editada por el Centro Gumilla, una institución de los jesuitas en Caracas. La columna, de análisis internacional, se hizo rápidamente famosa; pero para Don Demetrio significó algo más: su encuentro con la Teología de la Liberación lo ayudó a conciliar sus valores

con los del cristianismo. En un acto tan personal como significativo, decide convertirse al catolicismo y hacerse bautizar. No fue, hasta donde pudimos ver, un hombre especialmente religioso, ni se desdijo nunca de sus raíces judías, que valoraba mucho; pero en lo subsiguiente se mantendría muy vinculado a los jesuitas (después de jubilarse de la Universidad Central se incorporó a la Universidad Católica Andrés Bello) y murió como católico. Por demás, está pendiente hacer una compilación de sus numerosos sueltos de carácter histórico y/o doctrinal, aparecidos tanto en la prensa como en *SIC* y *Nueva Sociedad*, pero queda el testimonio de un manual que, también, se convirtió en una referencia sobre el tema: *¿Qué es el socialismo democrático? La socialdemocracia en Venezuela*, publicado por Nueva Sociedad, con prólogo de Carlos Andrés Pérez, en 1988.

Aparecido justo en el borde de la era neoliberal, los siguientes años serán especialmente intensos en la defensa de las ideas básicas de la socialdemocracia, que llegó desdibujarse tras la Caída del Muro de Berlín, interpretada sin más como un triunfo del mercado, hasta caer en la crisis actual. No obstante, el reto que conmovió a Don Demetrio hasta hacerlo retornar a la militancia política activa fue la aparición de Hugo Chávez. Crítico del régimen desde el principio, vio rápidamente que se trataba de un experimento autoritario y pretorianista, apenas revestido con palabras socialistas (y, de paso, muchas veces del socialismo no democrático que creíamos desaparecido en Berlín). La alternativa de justicia social con libertad era más urgente que nunca y Demetrio se entregó entero a formar y orientar a la nueva generación de políticos democráticos que, como una especie de compensación histórica por tanto males, se produjo en el chavismo. A los más de setenta años estaba más activo que nunca, impartía talleres, escribía en la prensa, daba conferencias, era profesor invitado de universidades en el exterior y, de nuevo, redactaba programas políticos. En un país dominado por valores de la centro-izquierda, muchos de los nuevos partidos surgidos después del cataclismo que significó el chavismo para las agrupaciones anteriores, buscaron una referencia en la socialdemocracia y el progresismo e incluso pugnaron, con éxito, para incorporarse a la Internacional Socialista. De esta manera encontramos a Don Demetrio militando de nuevo en uno de ellos, Un Nuevo Tiempo, cuyo programa ayudó a diseñar; colaborando con Voluntad Popular y, para el momento de su muerte, como cerrando el círculo, trabajando de nuevo a Acción Democrática. No obstante esta

actividad militante, es muy significativo que a pesar de la enorme polarización de Venezuela, por unanimidad, chavistas y opositores, hicieron un acuerdo de duelo por su muerte en la Asamblea Nacional.

EL HISTORIADOR

La última fotografía, paralela en el tiempo a la del ideólogo y político, es la del historiador latinoamericanista. Tal vez nunca se pretendió a sí mismo como uno, pero cuando ingresa a la Universidad Católica como investigador del Instituto de Investigaciones Históricas Hermann González Oropeza, S.J.; nadie discutió la pertinencia del nombramiento. No sólo había dado clases durante décadas en la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad Central y había publicado muchos trabajos de carácter histórico en revistas y la prensa, sino que en 1982 apareció, también editado por Nueva Sociedad, un clásico con el que se estudia en las universidades de todo el continente: *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia* (asignatura que dictaba desde 1974). Con más de seis ediciones, el libro tiene el valor de las obras pioneras, que establecen los parámetros fundamentales sintetizando muchos trabajos parciales o muy especializados para crear una visión panorámica. Hasta donde sabemos, no se ha hecho nada similar. Con tablas cronológicas, con un resumen al final de cada capítulo, con una bibliografía que les permite a los interesados profundizar, escrito con la claridad de quien ha ejercido el periodismo, este libro es una verdadera guía pensada para los estudiantes que se merece, largamente, la fama que tiene.

Hay, por supuesto, otros retratos de Don Demetrio. Por ejemplo el de diplomático, que después de su carrera de profesor en la Universidad Central de Venezuela y antes de entrar a la Universidad Católica fue embajador en Rumania, Suecia y Austria; pero como dijimos al principio el itinerario seguido hasta el momento no excluye otros posibles; tan sólo espera ser una aproximación para homenajear con cariño al maestro y al amigo, pero sobre todo para comprenderlo en su tiempo, o sus distintos tiempos—esos tiempos históricos a los que se entregó por entero— y para que las siguientes generaciones no se olviden de un hombre que estudió, pensó, escribió y luchó como muchos por la democracia, la libertad, la igualdad entre las naciones y la justicia social.